

ALEJANDRO HIGASHI, *Perfiles para una ecdótica nacional. Crítica textual de obras mexicanas de los siglos XIX y XX*. Universidad Nacional Autónoma de México - Universidad Autónoma Metropolitana, 2013; 345 pp. (*Resurrectio* III. *Instrumenta Filologica*, 2).

Traza Alejandro Higashi en estos *Perfiles para una ecdótica nacional*, libro coeditado entre el Seminario de Edición Crítica de Textos de la UNAM y la Universidad Autónoma Metropolitana, un amplio panorama de las condiciones, más bien precarias o incipientes, en que se encuentra el desarrollo de la edición crítica en México. Consideradas por una extensa mayoría como un producto destinado a satisfacer las necesidades de un público eminentemente erudito o intelectual, han visto reducido su campo de circulación a unas cuantas editoriales universitarias. El predominio y la preferencia del público lector por las llamadas ediciones de *divulgación*, la tardía incorporación de nuestro continente al ejercicio sensato de la *crítica textual*, el atraso y la reticencia de los programas universitarios en materia de ecdótica son algunas de las causas que contribuyen a perfilar tal situación.

Se pregunta Higashi, posteriormente, por la naturaleza misma del concepto de *edición crítica*. Y, si bien permea en la reflexión una clara conciencia de que no existe una definición precisa, deja entender que en la mayoría de los casos la respuesta a esta interrogante se perfila en las relaciones que se establecen entre el método de trabajo (*crítica textual*) y el objeto que produce (*edición crítica*): “La edición crítica debe ser... una ilustración comprensible y coherente de las distintas decisiones que se han tomado a lo largo del proceso editorial” (p. 44). El propósito de la *crítica textual* no es, finalmente, sino el de devolver al texto su *intención original* o, como dice el analista, *fixarlo* por medio de un rastreo pormenorizado de sus peripecias editoriales con la finalidad de hacer visible la voluntad original del escritor.

Con todo, aun una clarificación como ésta posee sus divergencias y anacronismos, y de éstos se deriva la primera propuesta del autor: entender los estadios de la *crítica textual* desde una perspectiva más metodológica que idealizada. O, dicho en otras palabras, anteponer a la búsqueda de un original utópico la noción más amplia de edición crítica como hipótesis compleja, susceptible de generar sus propias líneas de sentido. En el libro de Higashi, se explica con mayor precisión así: “una construcción racional que se apoya en los datos, propone sus métodos y argumentos, y presenta sus resultados: el texto” (p. 43). Considerar la edición crítica como hipótesis de trabajo supone –para Higashi– una toma de conciencia por parte del editor acerca de los compromisos que asume con su trabajo. En este sentido, ha señalado: “En efecto, el carácter sistemático de la edición crítica como hipótesis de trabajo obliga al editor a buscar un equilibrio satisfactorio en cada una de las decisiones que adopta” (p. 44).

El asunto, desde luego, es más complejo y el autor reconoce que una definición de crítica textual basada en argumentos de índole metodológica sería poco más que insuficiente, pues a menudo involucra más opciones críticas que la consabida “reconstrucción de un original” (como habrá de constatarse a lo largo del capítulo segundo). De hecho, para textos modernos o contemporáneos, la fidelidad al método no siempre garantiza la calidad final de la edición. Y, en el caso específico de las ediciones de textos mexicanos, la preponderancia de una metodología “forjada en tradiciones textuales muy distintas” (p. 48), vuelve casi insostenible la posibilidad de supeditar los resultados a la aplicación del método.

La escasa correspondencia entre, por ejemplo, los moldes de la edición crítica de textos bíblicos, clásicos o medievales y los que exige la tradición textual mexicana deriva, a menudo, en resultados negativos, dado que la segunda no se ajusta a los parámetros estipulados por la primera. La propuesta de Higashi al respecto resume también la aspiración principal del libro: “propongo que no hagamos depender el calificativo de *crítica* en una edición de textos mexicanos del seguimiento acrítico de método... y que aprovechemos la flexibilidad del modelo para configurar una terminología y una metodología más adecuadas a las necesidades de la imprenta del siglo XIX y XX en el México independiente” (p. 48).

Conviene considerar, desde otra perspectiva, aspectos relacionados tanto con los medios de producción del texto (“la imprenta y un naciente periodismo profesional”, p. 49) como con las circunstancias políticas, sociales, históricas y económicas, que en buena medida integran y definen la historia cultural de un país. Sobre todo, claro está, si se considera que estas características ayudan, en una tradición textual como la mexicana, a redondear el concepto particular de edición crítica y a marcar pautas específicas (no siempre advertidas por la preeminencia de modelos metodológicos peninsulares), útiles para la conservación de nuestro acervo literario. De esta manera, “si la edición crítica de textos mexicanos no puede definirse estricta y completamente por el método, habrá de definirse por las desviaciones del método; los rasgos originales de nuestras tradiciones textuales configuran un nuevo tipo de metodología que, aunque no se ajusta al método tradicional, no por ello resulta menos valiosa y útil” (p. 50).

Alejandro Higashi realiza a continuación un prolijo recorrido por dos extremos nodales de la metodología ecdótica: Lachmann para los textos clásicos y Paul D. Wagner para los bíblicos, pasando por varios manuales conciliadores entre diferentes propuestas, como el de Alberto Blecuá o el de Erick Kelemen. El propósito visible es el de poner en relieve la flexibilidad subyacente al método ecdótico y su naturaleza permeable a las necesidades particulares de cada corpus, de cada tradición: “La crítica textual es un método empírico y consuetudinario

cimentado en la práctica de los editores anteriores, pero siempre adaptada a las necesidades del texto que se edita” (pp. 53-54). La intención, estrechamente ligada con la tarea de perfilar los derroteros de una ecdótica nacional, no es otra que la de desviar estas reflexiones y hacerlas extensivas a la propuesta original del autor: “Esta flexibilidad del método –explica Higashi– es la esencia del presente libro: a partir de una evaluación de las diferentes prácticas editoriales críticas aplicadas a textos mexicanos de la Independencia y la Revolución, debería ser posible detectar los principales problemas de nuestras tradiciones textuales nacionales y, en correspondencia, las principales estrategias críticas que nos permitan salvarlas” (p. 58).

El largo resumen de las etapas del método ecdótico constituye, como bien lo expresa el autor al inicio del apartado, una suerte de columna vertebral, un andamiaje destinado a hacer comprensible la flexibilidad metodológica “sin perder su estructura característica” (p. 61). La proliferación de ejemplos “adaptados” al contexto de nuestra crítica textual evidencia, a su vez, la voluntad de Higashi por llevar a la práctica lo que antes ha esbozado desde el promontorio abstracto de la teoría.

En el segundo capítulo de *Perfiles para una ecdótica nacional*, el autor se concentra en las dificultades que conlleva la identificación de las tradiciones textuales que podrían considerarse medulares dentro del intrincado panorama de la literatura del México independiente. Tal dificultad radica tanto en la gran variedad de posibilidades críticas que puede exhibir esta tradición (originada, por así decirlo, en testimonios diversos) como en la complejidad social, cultural, política, económica e incluso “tecnológica” (recordemos que la imprenta funge como soporte de la vida cultural en México) durante estas etapas del proceso nacional. En consecuencia, conviene no perder de vista que uno de los grandes ejes de transmisión de las obras literarias del México independiente lo constituyen los medios impresos (desde papeles, periódicos, suplementos, hasta “imprentas paulatinamente transformadas en editoriales”) y que esto incide directamente en “los procesos de creación, transmisión y lectura de nuestros acervos” (p. 110). No será un hecho gratuito, entonces, que para recobrar la forma ideal de una obra o para dar cuenta de la historia de su transmisión, el editor –precisa Higashi– deberá “entender algo de los caminos que condujeron dicha obra desde su autor hasta el lector y, específicamente, las tecnologías que sirvieron como intermediarias para transmitir su texto tanto como las redes de individuos involucrados en el uso de esas mismas tecnologías” (*id.*)

El reto inherente a una empresa de esta naturaleza revela, a su vez, la envergadura de la propuesta de Higashi: no se trata solamente de proponer una historia de la edición crítica en México, sino de asumir los desafíos que ello conlleva, a saber: la identificación o el trazado de

“las líneas más gruesas de los tipos de tradiciones textuales inherentes a la historia literaria nacional, insertos en sus propias coyunturas económicas y tecnológicas como principales articulaciones de sus procesos culturales” (p. 110). La tarea no es sencilla y encarna muchas veces un círculo vicioso, pues si bien es cierto que existe la necesidad de identificar una tradición específica, también lo es que las pautas para llevar a cabo esta identificación dependen, en gran medida, de ediciones críticas ya hechas que ayuden a precisar mejor “los tipos de tradiciones textuales que identifican el quehacer literario nacional” (*id.*)

Esta característica sirve de fundamento para la tipología que abarca buena parte del capítulo segundo y en la que el autor, al tiempo que abreva de una tradición crítica ya consolidada, ensaya una nomenclatura propositiva (*Editiones unicae*, *Editio unicae in ephemeride*, tradiciones lineales, *codex ineditus*, tradiciones contaminadas, etc.) orientada, la mayoría de las veces, a ilustrar las direcciones en que se ramifican las tradiciones textuales mexicanas y, al mismo tiempo, a esbozar las responsabilidades y los procedimientos del editor enfrentado a tales textos. Propone Higashi, a su vez, la sistematización de los datos recabados a lo largo del proceso de edición y fijación de un texto para la elaboración de un *Diccionario filológico de la literatura mexicana* que permita –acota– “llegar a síntesis informativas de la tradición textual de cada una de las obras relevantes de nuestra literatura nacional”. El modelo propuesto para este documento se ejemplifica ampliamente en las páginas 204-223.

*Perfiles para una ecdótica nacional* se cierra con una muy amplia disertación que devela las vicisitudes de la edición crítica en México. El estudio establece una genealogía derivada de su anterior revisión de las tradiciones textuales y de la luz que ésta arroja sobre algunas constantes del trabajo editorial en México. Así, pasa revista a cuestiones que van desde las deficiencias presentes en la edición de *Obras completas* (propiciadas, en gran medida, por la desatención en cuanto se refiere a los procesos de transmisión de dichas obras) hasta la reticencia que existe alrededor de las tradiciones lineales del tipo *editiones unicae* por carecer de la cantidad de variantes que caracteriza a las tradiciones textuales con varios testimonios. La diferenciación entre ediciones de divulgación y ediciones críticas, así como los beneficios que comporta el desarrollo de una edición crítica genética, son otros de los aspectos revisados por el autor en este contexto. Higashi ha propuesto, en suma, la construcción de una genealogía de la crítica textual adaptada a los modelos intrínsecos del universo mexicano de las artes gráficas.

ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ  
Universidad Veracruzana